

## *La familia del Corazón de Jesús*

### *El fiat de María y la obediencia de José, origen de los primeros latidos del Corazón de Jesús*

La devoción al Corazón de Jesús nos sitúa en el centro mismo del misterio de Cristo verdadero Dios y verdadero hombre, y nos ayuda a comprender la importancia que tiene en la historia de la salvación el hecho histórico de que Cristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hiciera hombre y tomara parte en la historia de los hombres. Todo ello acaeció en un lugar determinado, Israel, el pueblo elegido, en un tiempo determinado, lo que para nosotros es el comienzo de la era cristiana, y sobre todo en una familia determinada, la familia de Nazaret. Jesús, María y José constituyen la primera Iglesia doméstica, es decir, forman la familia cristiana por excelencia, que es el modelo en el que se tienen que mirar todas las familias en orden a su perfección y felicidad.

El corazón humano y divino de Jesús comenzó a latir en armonía con el Corazón Inmaculado de María, y lo hizo en las entrañas virginales de la Madre de Dios, en Nazaret, en el momento del fiat de la Virgen.

Siguiendo evangelistas Mateo y Lucas podemos darnos cuenta de la grandeza del momento de la Encarnación de Jesús, que coincide con el anuncio del arcángel Gabriel a María y su plena voluntad divina. También veremos la obediencia de José al aceptar al hijo engendrado por el Espíritu Santo, como hijo propio y llevarse a su casa, atenderlos, y para protegerlos, educar al hijo de Dios según la Ley y para inscribirlo en el censo como hijo suyo, para que se cumplieran las Escrituras, dado que José era de la estirpe de David.



el relato de los evangelistas Mateo y Lucas podemos darnos cuenta de la grandeza del momento de la Encarnación de Jesús, que coincide con el anuncio del arcángel Gabriel a María y su plena voluntad divina. También veremos la obediencia de José al aceptar al hijo engendrado por el Espíritu Santo, como hijo propio y llevarse a su casa, atenderlos, y para protegerlos, educar al hijo de Dios según la Ley y para inscribirlo en el censo como hijo suyo, para que se cumplieran las Escrituras, dado que José era de la estirpe de David.

«Fue enviado por Dios el arcángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (Le 1, 26-27). Las palabras del ángel: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Le 1, 28), provocaron una turbación interior en María y, a la vez, le llevaron a la reflexión. Entonces el mensajero tranquiliza a la Virgen y, al mismo tiempo, le revela el designio especial de Dios referente a ella misma: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un

hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre» (Le 1, 30-32).

La naturaleza de este «desposorio» es explicada indirectamente, cuando María, después de haber escuchado lo que el mensajero había dicho sobre el nacimiento del hijo, pregunta: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (Le 1, 34). Entonces le llega esta respuesta: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Le 1, 35). María, si bien ya estaba «desposada» con José, permanecerá virgen, porque el niño, concebido en su seno desde la anunciación, había sido concebido por obra del Espíritu Santo.

En este punto el texto de Lucas coincide con el de Mateo 1, 18 y sirve para explicar lo que en él se lee. «La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18).



Si María, después del desposorio con José, se halló «encinta por obra del Espíritu Santo», este hecho corresponde a todo el contenido de la anunciación y, de modo particular, a las últimas palabras pronunciadas por María: «Hágase en mí según tu palabra» (Le 1, 38).

Respondiendo al claro designio de Dios, María, con el paso de los días y de las semanas, se manifiesta ante la gente y ante José «en- cinta», como aquella que debe dar a

luz y lleva consigo el misterio de la maternidad.

A la vista de esto «su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto» (Mt 1, 19), pues no sabía cómo comportarse ante la «sorprendente» maternidad de María. Ciertamente buscaba una respuesta a la inquietante pregunta, pero, sobre todo, buscaba una salida a aquella situación tan difícil para él. Por tanto, cuando «reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: "José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados"» (Mt 1, 20-21).

Ahora bien, de modo análogo a como María concibe en su seno al Verbo hecho carne por haber creído al mensajero de Dios, José es introducido en el misterio de la Encarnación redentora, como padre de Jesús, por su obediencia y aceptación del mensaje dado por el ángel. En efecto, el texto evangélico dice que «Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1, 24). Él la tomó en todo el misterio de su maternidad; la tomó junto con el Hijo que llegaría al mundo por obra del Espíritu Santo, demostrando de tal modo una disponibilidad de voluntad, semejante a la de María, en orden a lo que Dios le pedía por medio de su mensajero.

En el evangelio de Mateo se revela el misterio de la Encarnación tal como fue anunciado a José. El mensajero se dirige a José como «esposo de María» y le confía la tarea de un padre terreno respecto al Hijo de María, es decir, la imposición del nombre.

Por la concepción en el seno virginal de la Virgen María, el Verbo de Dios, nos dice Pío XII, «es-tuvo provisto de un corazón físico, en todo semejante al nuestro, puesto que, sin esta parte tan noble del cuerpo, no puede haber vida humana y menos en sus afectos. Por consiguiente, no hay duda de que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpitó de amor y de todo otro afecto sensible; mas estos sentimientos estaban tan conformes y tan en armonía con su voluntad de hombre esencialmente plena de caridad divina, y con el mismo amor divino que el Hijo tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo, que entre estos tres amores jamás hubo falta de acuerdo y armonía».

El corazón de Jesús es considerado como signo y principal símbolo del triple amor con que el divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres: del divino amor que en Él es común con el Padre y el Espíritu Santo, de la ardentísima caridad que, infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados por una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa; y, finalmente, es símbolo de su amor sensible, pues el Cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva a todos los demás cuerpos humanos.

### ***El Verbo encarnado en la Familia de Nazaret***

En el misterioso designio salvífico de Dios Uno y Trino, la segunda Persona de la Santísima Trinidad se hizo hombre y su crecimiento en «edad, sabiduría y gracia» (Le 2, 52) se desarrolló en el ámbito de la Sagrada Familia. Pablo VI lo explica como sigue: «El Salvador ha iniciado la obra de Salvación con esta unión virginal y santa». Se refiere al matrimonio de José y María.

### ***El matrimonio de José con María***

En la exhortación apostólica *Redemptoris misericordias*, leemos que «José de Nazaret "participó" en el misterio de la Encarnación como ninguna otra persona, a excepción de María, la Madre del Verbo Encarnado. Él participó en este misterio junto con ella, comprometido en la realidad del mismo hecho salvífico, siendo depositario del mismo amor, por cuyo poder el eterno Padre "nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo" (Ef 1, 5)».

Es admirable comprobar cómo Dios revela el misterio de la salvación, en este momento vinculado a la encarnación del Verbo de Dios por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y a la vez todo queda bajo la apariencia de unos hechos humanos normales como son el matrimonio de un hombre y una mujer, la concepción de un niño, la maternidad y la paternidad.

En este matrimonio, continúa Juan Pablo II, no faltaron los requisitos necesarios para su constitución: «En los padres de Cristo se han cumplido todos los bienes del matrimonio: la prole, la fidelidad y el sacramento. Conocemos la prole, que es el mismo Señor Jesús; la fidelidad, porque no existe adulterio; el sacramento, porque no hay divorcio». Analizando la naturaleza del matrimonio, tanto san Agustín como santo Tomás la ponen siempre en la «indivisible unión espiritual», en la «unión de los corazones», en el «consentimiento», elementos que en aquel matrimonio se han manifestado de modo ejemplar. En el momento culminante de la historia de la salvación, cuando Dios revela su amor a la humanidad mediante el don del Verbo, es precisamente el matrimonio de María y José el que realiza en plena «libertad» el «don esponsal de sí» al acoger y expresar tal amor. «En esta grande obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado al mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad as, purificar v santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida».

### ***José, padre de Jesús***

El matrimonio con María es el fundamento jurídico de la paternidad de José. José fue elegido esposo de María por Dios para asegurar la protección paterna a Jesús. De esto se deduce que el matrimonio con María sitúa a José lo más cerca posible de Jesús, término de toda elección y predestinación, lo une de forma especial al misterio de la Encarnación de una manera como ninguna otra criatura, fuera de la Virgen María, ha estado unida. Además, la paternidad de José pasa a través del matrimonio con María, es decir, a través de la familia.



De aquí se comprende por qué las generaciones han sido enumeradas según la genealogía de José. «¿Por qué —se pregunta san Agustín— no debían serlo a través de José? ¿No era tal vez José el marido de María? (...) La Escritura afirma, por medio de la autoridad angélica, que él era el marido. No temas, dice, recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Se le ordena poner el nombre del niño, aunque no fuera fruto suyo. Ella, añade, dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. La Escritura sabe que Jesús no ha nacido de la semilla de José, porque a él, preocupado por el origen de la gravidez de ella, se le ha dicho: es obra del Espíritu Santo. Y, no obstante, no se le quita la autoridad paterna, visto que se le ordena poner el nombre al niño. Finalmente, aun la misma Virgen María, plenamente consciente de no haber

concebido a Cristo por medio de la unión conyugal con él, le llama sin embargo padre de Cristo».

El hijo de María es también hijo de José en virtud del vínculo matrimonial que les une: «A raíz de aquel matrimonio fiel ambos merecieron ser llamados padres de Cristo; no sólo aquella madre, sino también aquel padre, del mismo modo que era esposo de su madre, ambos por medio de la mente, no de la carne».

Y en el episodio de Jesús perdido y hallado en el Templo el evangelista Lucas narra cómo la Virgen María llama a José padre de Jesucristo. En efecto, leemos en el evangelio: «Al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas». María le pregunta: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». La respuesta de Jesús fue tal que «ellos no comprendieron». Él les había dicho: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía ocuparme en las cosas de mi Padre?».

Es la teología de la justicia infundida en los hombres redimidos por el Espíritu Santo de Dios la que permite a san Agustín iluminar la paternidad de José : «Apoyándose en la justicia de ambos, el Espíritu Santo dio a ambos un Hijo».



### ***La Sagrada Familia, modelo y ejemplo para todas las familias***

Este vínculo de caridad constituyó la vida de la Sagrada Familia, primero en la pobreza de Belén, luego en el exilio en Egipto y, sucesivamente, en Nazaret. La Iglesia rodea de profunda veneración a esta Familia, proponiéndola como modelo para todas las familias. En esta familia José es el padre: no es la suya una paternidad derivada de la generación; y, sin embargo, no es «aparente» o solamente «sustitutiva», sino que posee plenamente la autenticidad de la paternidad humana y de la misión paterna en la familia. En ello está contenida una consecuencia de la unión hipostática: la humanidad asumida en la unidad de la Persona divina del Verbo-Hijo, Jesucristo. Junto con la asunción de la humanidad, en Cristo está también «asumido» todo lo que es humano, en particular, la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra. En este contexto está también «asumida» la paternidad humana de José.

De todo esto se derivan las enseñanzas fundamentales para la familia ya que la esencia y el cometido de la familia son definidos en última instancia por el amor y la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y el amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa. Es en la Sagrada Familia, continúa Juan Pablo II, en esta originaria «iglesia doméstica», donde todas las familias cristianas deben mirarse. En ella vivió

escondido treinta años el Hijo de Dios. Es el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas.

En aquella familia, palpitaba de amor el Corazón de Jesús, en perfecta armonía con los afectos de su voluntad humana y con su amor divino, cuando en la casita de Nazaret mantenía celestiales coloquios con su dulcísima Madre y con su padre putativo, san José, al que obedecía y con quien colaboraba en el fatigoso oficio de carpintero.

### ***El Corazón de Jesús traspasado, fuente de vida para las familias***

Del Corazón abierto de Jesús en la cruz brotaron los sacramentos, que son el mejor regalo que Jesús hizo a todos los hombres, y en especial a las familias cristianas. Los sacramentos acompañan y «divinizan» a la familia en todos los momentos, desde su constitución hasta la separación por el fallecimiento de alguno de sus miembros para partir hacia la vida eterna.

La familia cristiana comienza con el matrimonio, sacramento que refleja el amor de Cristo por su Iglesia, que se entregó y dio su vida por ella. Así debe ser el amor de los esposos, amor-donación, abierto a la vida, fiel, exclusivo y duradero. Es un proyecto de vida, una unión de amor, de fidelidad, donde se suceden alegrías, penas, vida, enfermedad, muerte, y todo ello, con la ayuda de la gracia, se vive y se sobrenaturaliza.



Cuando el amor de los esposos empieza a dar frutos y nacen los hijos, éstos van recibiendo los sacramentos, primero el bautismo, que nos hace hijos de Dios y miembros de su Iglesia. Por el bautismo se nos perdona el pecado original y el alma del recién nacido, con la gracia bautismal queda inhabitada por la Santísima Trinidad.

Conforme los hijos van creciendo, van acercándose a nuevos sacramentos, como la Eucaristía. Recibir la Sagrada Comunión, hacia los ocho años es un momento de gozo y alegría para el niño que se acerca por primera vez a la sagrada mesa y para toda la familia que ve cómo ese hijo recibe la semilla de la inmortalidad, según las palabras de Jesús en el Evangelio: «el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día» (Jn 6,53).

Para recibir la Eucaristía en gracia, se prepara el niño con el sacramento de la Penitencia, o confesión de sus pecados al sacerdote, que representa a Jesús mismo y que guardará el secreto de confesión, aun a costa de su vida, antes que revelarlo a los hombres.

Este sacramento del perdón, que el cristiano tiene a su disposición cuantas veces lo necesite a lo largo de su vida, es la manifestación del amor de Dios que conoce a sus hijos pecadores y está siempre dispuesto a perdonarles, si se acercan arrepentidos a pedir perdón. En la familia es muy importante tener presente la necesidad de pedir perdón no sólo a Dios, sino también a los demás miembros, esto es, entre los esposos y entre padres e hijos. Saber perdonar y saber pedir perdón nos acerca a Dios y nos reconcilia con los hermanos.

La Eucaristía es fuente de gracia para la familia, que debe acercarse semanalmente a la eucaristía dominical, centro y motor de la semana, y si fuese posible, incluso a la diaria, pues es de la celebración de los misterios de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo de donde brota la gracia que ayuda a los miembros de la familia a mantenerse fieles a su compromiso. Porque todos somos muy imperfectos y porque el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. El hombre por sí solo, nada puede, pero con la gracia de Dios puede hacer frente a las dificultades de cada día.

El otro sacramento de iniciación cristiana es la Confirmación, el sacramento que nos hace testigos de Cristo, nos infunde la gracia y el valor de defender nuestras creencias ante el mundo y en el que se nos derraman en abundancia los dones del Espíritu Santo, tan necesarios para hacer frente a las dificultades de la vida cotidiana y de una sociedad laica y muchas veces atea.

En cualquier época de la vida familiar, el misterio de la vida y la muerte están siempre presentes y por eso, para asegurar el paso de esta vida a los brazos del Padre, quiso Jesús dejarnos el sacramento de la unción de los enfermos, en el que el cristiano recibe el perdón de sus pecados y el Viático para el último viaje. Aquí quiero recordar que san José, que murió en brazos de Jesús y de María es el patrono de la buena muerte. Así las despedidas, siempre dolorosas, de los abuelos, los padres, o incluso en ocasiones, de los hijos, se realizan con paz y con confianza en el amor inagotable de Cristo.

El orden sacerdotal, el sacramento por el que un hijo de la familia pasa a formar parte en plenitud del sacerdocio, y que le permite impartir los sacramentos como sucesor de los apóstoles, y celebrar la santa Misa instituida por Jesús en la Última Cena, no siempre en todas las familias tiene lugar, pero cuando sucede, es un don extraordinario de la misericordia de Dios.

Cuando los hijos llegan a la juventud, nuevamente comienzan los ciclos de matrimonios y la rueda empieza nuevamente. Los nacimientos de los nietos, los bautizos, las comuniones...

### ***Remedios para las familias cristianas***

El amor de Cristo que se entregó para salvarnos y que está simbolizado en su divino corazón, debe reinar en todas las familias y algunos medios que ayudan a la familia a cumplir su misión de educar hijos para el cielo son:

- Consagración de las familias al Corazón de Jesús

- Entronización en el hogar del Corazón de Jesús
- El ofrecimiento diario del Apostolado de la Oración.
- La oración familiar en común, especialmente el rezo diario del santo Rosario en familia.
- La recepción frecuente de los sacramentos de la penitencia y la eucaristía
- La adoración eucarística.
- La confianza en Dios, la santificación de la vida cotidiana según el propio estado, el seguir el ejemplo de María y José, siempre atentos a las necesidades de los hijos, enseñándoles las virtudes humanas y cristianas, como la importancia de la laboriosidad, son un camino que nos lleva hacia Dios.

## **Conclusión**

«Es en la Sagrada Familia, en esta originaria iglesia doméstica, donde todas las familias cristianas deben mirarse. Es el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas.».

### ***Consejos prácticos a los padres***

De ciertos modelos que se les ofrecen a nuestros hijos no pueden nacer familias, no pueden nacer padres y madres, no pueden madurar compromisos capaces de hacer de la vida una experiencia hermosa. Es necesario ayudar a los jóvenes a desarrollar una capacidad crítica en relación con los modelos falsos y autodestructores que ofrece nuestra sociedad con tanta desenvoltura. No hay que esconderles, a los hijos los problemas; no hay que dejarlos sin resolver. Más bien, es preciso tener el valor de afrontarlos juntos, padres e hijos, presentándoles a estos últimos las razones y los motivos de las decisiones tomadas y vividas por los padres. Eso es educar verdaderamente.

***Monseñor VICENTE JUAN SEGURA. obispo de Ibiza***

***Por M<sup>a</sup> José Lasheras Rodríguez***